

conduce a un trato personal, en la intimidad: “Pasa como con el noviazgo —explicaba San Josemaría a esos jóvenes—: el trato es necesario, porque, si dos personas no se tratan, no pueden llegar a quererse. Y nuestra vida es de Amor” (*Forja*, n. 545). Es necesaria una apertura del corazón, no es algo mecánico, programable: rezo para que se dé en muchos, con la gracia del Espíritu Santo y la ayuda de la auténtica amistad humana.

“Encontrar a Cristo” es ya arraigarse más y más en Él, como el sarmiento a la vid (*Jn* 15, 1-8). “Estar arraigados en Cristo —explica Benedicto XVI en el Mensaje para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud— significa responder concretamente a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra (...); escucharle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida”.

“Amar a Cristo”, en fin, supone ya gozar de esa savia que da sentido y fuerza para querer a los demás y desear amar más y más; es ya estar “edificado” en Cristo, dejar que el Espíritu Santo construya en nosotros la imagen del Verbo encarnado que se ofrece por todos. El nuevo dinamismo al cual nos llama el Papa significa buscar el perdón en el Sacramento de la Reconciliación, para recibir ese amor, un sacramento que el mismo Benedicto XVI mismo celebrará en Madrid, como elocuente testimonio de la misericordia divina. Y ese amar exige dejarse amar por Jesús en la Eucaristía, para llevarle después a muchas otras personas.

Pido a la Virgen de la Almudena, Madre de Dios y Madre nuestra, para mí y para todos, la alegría de una nueva conversión, un partir de nuevo en el camino de la fe, para que, sabiéndonos débiles pero a la vez “fuertes en la fe” (*Col* 2, 7), creamos en el amor de Dios Padre y nos sintamos de verdad hijas e hijos de Dios en Cristo.

✠ Javier Echevarría
Prelado del Opus Dei

Entrevista sobre el Congreso Eucarístico italiano, Zenit, Roma (12-IX-2011)

- ¿Por qué la Eucaristía es “el centro y la raíz de la vida de todo cristiano?”

Monseñor Echevarría: Poner la Eucaristía en el centro de la vida cristiana significa poner a Jesús en el corazón de todo. En la Eucaristía estamos llamados a entrar en el amor trinitario. Haciendo de la Santa Misa el centro de nuestra vida interior, nos unimos a Jesús y en Él a toda la Iglesia, a todos los hombres.

Era la continua enseñanza de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, que decía: “Si en el centro de tus pensamientos y de tus esperanzas está el tabernáculo ¡cómo de abundantes serán, hijo mío, los frutos de santidad y de apostolado!”. Jesús Eucarístico es el

culmen del don de Sí a la humanidad, por tanto, si nos identificamos con Él, nos transmitirá la misma voluntad de incrementar el don de nosotros mismos y nuestro servicio a los demás.

- ¿Cuánto importa, en el carisma del Opus Dei, la práctica de la Confesión y de la Eucaristía?

Monseñor Echevarría: En el espíritu del Opus Dei, los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía importan lo que importan en la Iglesia: como todos los cristianos, intentamos ser personas penitentes y eucarísticas, con una práctica frecuente de la Confesión y la participación diaria en la Santa Misa.

El Sacramento de la Reconciliación está profundamente ligado a la Eucaristía. La Confesión presupone la conciencia de ser pecadores, con fe en la misericordia divina. Jesús nos purifica en su Sangre derramada en la Cruz por nosotros, para que el cristiano pueda participar con más fidelidad en el Sacrificio del Calvario que se hace presente cada día en la Santa Misa.

Ambos Sacramentos colman el alma de alegría y de paz, como el buen ladrón, viendo con sus ojos a Jesús en el Calvario, se sintió impelido a reconocer sus pecados movido por la contrición y así encontró la salvación eterna.

Insisto, la Confesión importa muchísimo en la vida del cristiano, porque es un sacramento de alegría

y es puerta de acceso a la paz y a la felicidad que están dentro de la Eucaristía.

Está en marcha el Congreso Eucarístico Nacional. ¿Qué sugerencias haría para que la práctica de la Confesión y de la Comunión fuera más intensa y generalizada?

Monseñor Echevarría: La Iglesia enseña desde siempre que en el tabernáculo se encuentra la fortaleza, el refugio más seguro contra los temores y la inquietudes. No basta que cada uno de nosotros, individualmente, busque y encuentre al Señor en la Eucaristía; debemos conseguir “contagiar” con nuestro testimonio al máximo de personas posible, para que también estas contemplan y descubran esta amistad inigualable.

La comunión espiritual es una gran ayuda en la preparación para la comunión eucarística. Para ser hombres y mujeres conscientes de nuestra filiación divina debemos frecuentar a Cristo cada vez más, recibéndolo, si podemos, cada día.

En cuanto a la Penitencia, considero que es muy importante la disponibilidad generosa de los sacerdotes a la escucha de las confesiones: un confesor disponible, un confesionario “con la luz verde”, es una mano tendida hacia la conversión.

Sobre este punto, Benedicto XVI nos sugirió recientemente “seguir el ejemplo de los grandes

Santos de la historia, desde San Juan María Vianney a San Juan Bosco, desde San Josemaría Escrivá a San Pío de Pietrelcina, desde San José Cafasso a San Lepoldo Mandić” (Discurso a los participantes en el curso organizado por la Penitenciaría Apostólica, 2011).

Discurso en la inauguración del curso académico, Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma (10-X-2011)

Eminencias, Excelencias e Ilustrísimas autoridades, Profesores, Estudiantes y todos los que trabajáis en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz.

Señoras y señores

Hace pocas semanas, en el contexto de la Jornada Mundial de la Juventud, celebrada este verano en Madrid, tuve la dicha de tomar parte en el encuentro del Santo Padre con los jóvenes profesores universitarios en San Lorenzo de El Escorial. Estoy seguro de que habréis leído una y otra vez las palabras de Benedicto XVI, pronunciadas a lo largo de aquellos días inolvidables, y de que habrá calado hasta el fondo de vuestras almas el contenido de aquel discurso, dirigido de modo especial a nosotros, porque conmigo estabais idealmente presentes también vosotros que formáis parte de esta Universidad. Considero,

sin embargo, que la inauguración de este año académico será todavía más fecunda si volvemos a meditar las palabras del Papa con el fin de que sigan siendo luz para hacer madurar, en nuestro ser y en nuestro obrar universitario, el lema de aquellas jornadas: “Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”¹.

Llena realmente de alegría, de fe, de esperanza y de optimismo el efecto tan positivo logrado, en tantos hombres y mujeres del mundo de la cultura, por el esfuerzo del Papa para hacer brillar la armonía intrínseca entre *razón* y *fe*. No son pocos los intelectuales que, inspirándose en su Magisterio, profundamente penetrado por su amor a la universidad, han reconocido que una cultura plenamente humana no puede prescindir de la religión y que la apertura a la trascendencia es indispensable para nuestra sociedad.

Otro motivo de particular alegría lo constituye el hecho de que este año celebramos el 25º aniversario de la fundación del Instituto Superior de Ciencias Religiosas *all’Apollinare*. El Instituto, promovido con intuición pastoral penetrante y audaz por el Card. Pietro Palazzini, de venerada memoria, fue erigido por la Congregación de la Educación Católica el 17 de septiembre de 1986. En 1988 el Siervo de Dios Mons. Álvaro del Portillo, primer Gran Canciller de nuestra Universidad, secundó con gozo la petición del Card. Palazzini para que el Instituto fuera puesto bajo la

1. Cfr. Col 2, 7.